



Reflexiones del Card. Vicario de Roma, Mons. Angelo Di Donatis. (setiembre 2019)

1. En primer lugar: ¿con qué estamos escuchando? El órgano de escucha no es el oído sino el corazón. María nos lo sugiere: *meditaba y guardaba en su corazón todo lo que escuchaba* (Lc 2:19). El corazón en la Biblia es el centro de la persona, es toda su interioridad: pensamientos, sentimientos, voluntad, conciencia, memoria ... El corazón del hombre es un abismo y allí está toda nuestra vida depositada: de lo que somos conscientes y de lo que no somos conscientes. Inevitablemente escuchamos con nuestros corazones, es decir, con todo nuestro ser, con todo lo que somos y hemos vivido.

Sin embargo, esto ya nos hace comprender qué dificultad podemos encontrar cuando decidimos escuchar al otro y qué se requiere de nosotros para hacerlo realmente: debemos dejar espacio para ello dentro de nosotros mismos, darle la bienvenida en nuestros corazones, evitar proyectarlo, atribuírselo, percepciones, sensaciones, intenciones, evaluaciones que en realidad solo están en nuestro corazón. Es una verdadera obra de ascetismo: silenciar las mil voces que viven allí para poder acoger y realmente escuchar al otro como otro yo.

¡Qué decisivo, para saber escuchar, es esta actitud hospitalaria de nuestro corazón! Y es esencial tener una predisposición del espíritu de simpatía hacia el otro: darle la bienvenida en el corazón con una actitud de benevolencia, porque él es nuestro hermano, preparándonos para una relación real, alimentada por la escucha y el diálogo mutuo.

En esto, el bagaje de experiencias vividas que se deposita en nuestro corazón, en lugar de ser un elemento perturbador que altera la escucha al proyectar en el otro lo que es solo nuestro, puede convertirse en el motivo que nos lleva a escuchar con benevolencia y simpatía: el otro no es diferente a mí, pero como yo ha vivido y vive alegrías y tristezas, angustias y esperanzas. Tenemos vida en común, la humanidad. Ciertamente, algunas experiencias dolorosas sufridas, especialmente si son consecuencia del engaño y la malicia, pueden alimentar la desconfianza y el prejuicio hacia los demás; pero si dejo que el Señor consuele y sane mi corazón, el Espíritu Santo me libera del resentimiento y forja un corazón dentro de mí capaz de compasión por los sufrimientos y las miserias de los demás, donde sea que estén y a la realidad a la que pertenezcan.

2. El corazón habitado por el Espíritu. Pero la reflexión sobre lo que escuchamos también debe tener en cuenta otro aspecto: en el corazón del hombre vive el Espíritu Santo, la presencia de Dios. El Espíritu, que nos recuerda las palabras de Jesús *porque tomará de lo mío mías y os lo anunciará* (Jn 16.14-15), actúa en lo más profundo de nuestro corazón; así que cuando escuchamos la Palabra de Dios, en la proclamación litúrgica o en el testimonio de nuestros hermanos, el Espíritu confirma *como desde dentro* que es precisamente la Palabra de Dios lo que escuchamos con nuestros oídos. La Palabra que nos llega desde el exterior encuentra correspondencia en la resonancia interior que despierta el Espíritu. Principalmente es el sentimiento de alegría que acompaña la escucha de la Palabra de Dios: en la primera carta, los Tesalonicenses San Pablo escribe: *Habéis seguido el ejemplo del Señor y aceptado la Palabra en medio de grandes pruebas, con la alegría del Espíritu Santo.* (1Ts 1,6). Sin embargo, cuando el Señor necesita convertirnos de un camino del mal que hemos emprendido, el Espíritu hace resonar la Palabra dentro de nosotros, causando disturbios, tristeza, arrepentimiento.

Así entendemos que escuchar con el corazón significa escuchar en el poder del Espíritu Santo. San Agustín escribió sobre el *Maestro interior*: "Él será el único maestro que es el Maestro interior del hombre interior, quien en tu mente le muestra que lo que se enseña es verdad" (Carta 266).

3. Escuchando la vida de los demás con el corazón, el Espíritu actúa en el corazón. Dios, que tiene un corazón inmenso en el que hay espacio para cada hombre, ha escuchado el grito de los habitantes de su propio país y nos envió a la ciudad para hacer ejercicio de escucha, porque ese grito a menudo no queremos o no somos capaces de escucharlo

La verdad es que rara vez escuchamos con el corazón. Además, nuestro corazón es a menudo estrecho, no hospitalario, no hay espacio para la vida de los demás. O creemos que ya sabemos escuchar, nos decimos que en el fondo ya sabemos lo que otros gritan, que las quejas de los habitantes de nuestra ciudad ya las hemos escuchado tantas veces en el autobús, entre compañeros de trabajo, en el bar o en la cola del correo ... No hay nada interesante en la vida de los demás, son triviales y vacíos, a menudo marcados por un tram-tram que hace aburrida su vida y la nuestra.

¡Qué reduccionista y condicionada es esta forma de ver la realidad! Diré más: ¡es una forma atea de pensar como discípulos-evangelizadores! ¿Por qué? Porque es una escucha de las vidas de los otros lo que revela que no creemos en el Señor resucitado y en el poder del Espíritu Santo. Está hecho de un corazón que no es consciente de estar habitado por el Espíritu de Dios y que no cree que el Espíritu Santo viva en los corazones de los hermanos. Tampoco comprende que la historia humana es guiada por el Espíritu. El horizonte es absolutamente plano. La mirada está irremediabilmente restringida, demasiado concentrada en la parte inferior.

En cambio, el corazón contemplativo sabe reconocer la presencia y la acción de Dios en la vida de los demás y en la historia humana con auténtica claridad espiritual. Pensemos en María: el Misterio de Dios en la historia es por el momento solo un niño muy pequeño concebido en su vientre, pero su corazón ya está exultante y ve la subversión de la sociedad humana tomando forma en el horizonte: *ha derrocado a los poderosos de sus tronos, levantado a los humildes.*

¡Esto es tener un corazón contemplativo, esto es estar inhabitado por el Espíritu! Y solo este corazón mariano sabe escuchar. Ella escucha, junta, las palabras escuchadas por el ángel, por los pastores y por los ancianos Simeón y Anna, las medita en el Espíritu Santo, aprovechando la conexión que las une, esa es la obra de Dios, y las mantiene con amor en su corazón.

Los pequeños, los pobres, merecen que los escuchemos de esta manera. Tomándolos en serio, como lo hace Dios, y sobre todo reconociendo la historia que Dios teje con ellos, comenzando por sus vidas aparentemente triviales. A medida que el Espíritu tiembla y se regocija en nosotros cuando escuchamos la Palabra de Dios proclamada en la liturgia o meditada en la Escritura, nuestros corazones pueden reconocer la Palabra de Dios que se encarna en la vida de los demás y construye caminos de santidad. Los ejemplos pueden ser muchos. Tomo prestada la lista que el Papa Francisco hace al comienzo de *Gaudete et exultate*: "*Me gusta ver la santidad en el pueblo paciente de Dios: en los padres que hacen crecer a sus hijos con tanto amor, en los hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a casa, a los enfermos, a las mujeres de edad avanzada que siguen sonriendo. En esta constancia para continuar día tras día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esto es muchas veces la santidad "de al lado", de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios* (GeE 7).

Cuando, en un momento de confianza, el otro nos cuenta lo que está pasando en esta etapa de su vida y comunica nuestros deseos para sí mismo y su familia, sus sueños y esperanzas, la preocupación por el mañana. combinado con la confianza de que los nudos se desatarán y que se abrirá una puerta ... ¿no es esto un empujón proveniente del Espíritu Santo? ¿En qué se basa esta confianza, si no en la fuerza del Espíritu, en un adelanto del futuro que nos espera? Cuando un joven se apasiona por los problemas ecológicos o sociales y los profundiza, indaga y se compara con los demás, y decide dar su pequeña pero gran contribución, compartiendo ideas, afirmando los principios correctos, teniendo el coraje de decir "para mí es bueno" y "nadie se quede atrás" ... ¿qué hay detrás de esta hermosa obstinación si no es el Espíritu de verdad, del reino de Dios que es amor, justicia, paz? Cuando una familia experimenta que sus nuevos vecinos provienen de un país extranjero, con diferentes tradiciones culturales y religiosas, pero que es profundamente enriquecedor aprender a conocerse, respetarse, ayudarse y que los prejuicios no dejan espacio para lo que une ... ¿no es un anticipo de ese nuevo estilo que el Espíritu está realizando en el mundo, a través del nacimiento y los gemidos de la historia humana?

Nuestras ciudades, nuestros barrios, están llenos de personas y familias que viven las bienaventuranzas, que luchan y luchan todos los días por el bien de sus hijos y por el futuro de todos. Y de los pequeños como María y José, es desde las periferias humanas como los de Nazaret del Evangelio, desde donde el Señor quiere reiniciar una nueva fase de la vida de la Iglesia y del mundo. Se nos pide escuchar el grito de dolor y parto del nuevo mundo, reconocer la presencia de Dios y el Espíritu en la vida de las personas y de la historia humana. Ahí Dios actúa. Solo un corazón habitado por el Espíritu sabe escucharlo y reconocerlo.

Monseñor Angelo Di Donatis, cardenal vicario. Roma